

Cuando le preguntaron cuál era su nombre completo él dijo que se llamaba F, así nada más.

F había estudiado en la antigua Unión Soviética, en el instituto de Física y Tecnología de Moscú, allá por la década de los ochentas. Siempre llevaba todo su conocimiento a las cotas superiores del saber, en especial la Física que tanto le gustaba. Era muy bueno en matemáticas y geografía. En realidad era bueno en casi todo. Antes de irse a estudiar a Moscú aprendió muy bien el uso del cirílico. Una de sus primeras frases, y que escribía a veces en los libros de ejercicios y luego en los borradores de sus artículos para revistas de renombre era "Руки не доходят!" la cual expresaba su impotencia ante temas difíciles.

Para la prueba de selección del intercambio F estudió sin piedad: decenas de hojas blancas y rayadas con fórmulas y frases casi ininteligibles escritas con lápiz de carpintería, a luz de una candela (a pesar de que tenía una lámpara incandescente). Cuando un tema era sofisticado F se recostaba en el escritorio y se concentraba. Siempre le ayudaba entrelazar sus pensamientos con el "Waldstein" de Beethoven, en especial reproducía el tercer movimiento y alternaba el índice y el anular como una sucesión oscilante.

El primer ordenador de F tenía por nombre "Abulafia" y era un VC20. En ella programaba a su gusto a pesar de que tenía la mala fama que solo fue creada para los videojuegos. Abulafia agravó la miopía de F y por ello tuvo que usar lentes divergentes con una montura gruesa. F era tan bueno programando en ese aparato que la pobre colapsaba casi siempre.

El día de la prueba había llegado y F tenía miedo de perderla: todavía sentía que no sabía nada. ¡Cuánto deseaba dar todo su conocimiento por la mitad de lo que no sabía! Se decía mirando al cielo y proyectando el rostro sonriente de Descartes. ¡Cómo detestaba esa cara risueña! Durante el examen (que tenía ocho problemas casi que imposibles) F se había quedado inmóvil delante de los enunciados por al menos una hora (el examen duraba tres). A mediados de la segunda hora sus manos empezaron a danzar sobre las hojas blancas (él era ambidiestro y llevaba un lápiz en cada mano). Era una escena fascinante, como si fuera un pianista profesional tocando la mejor sonata de su vida. F sudaba y a veces murmuraba algunas de sus ideas antes de plasmarlas con grafito.

El día que tuvo que partir hacia Moscú llevaba "Memorias del subsuelo" de Fiódor Dostoeievski, en ruso, unos cuadernos con cubierta roja y algunos apuntes que había hecho de Marx sobre economía y sus preciados textos de la Editorial Mir. Fue un viaje largo y agotador. Ya en las residencias estudiantiles F pudo dormir un poco, pero seguía pensando en Mecánica Cuántica y Relatividad General, dos campos aparentemente incompatibles.

En Leningrado F conoció a Yelena Markova, matemática inquieta y poco ortodoxa que tenía su especialidad en Teoría Extremal de Grafos, influenciada por la escuela húngara de su amiga y mentora Vera T. Sós.